

INTERVENCIÓN DEL DOCTOR DIEGO URIBE VARGAS*
PRESIDENTE
COMISIÓN SEGUNDA DEL SENADO

Es importante discutir el tema de las Estrategias de Cooperación Científica y Técnica Internacional, sobre todo en el momento de crisis del mismo. Si bien es cierto que el límite entre el desarrollo y el subdesarrollo es la insuficiencia tecnológica y científica, que esa es la verdadera frontera entre los pueblos ricos y los pueblos pobres, de esa premisa se han desprendido otras consecuencias y un desarrollo no siempre unívoco en cuanto al ejercicio y logro de algunas metas.

En 1945, al terminar la guerra mundial, se creyó que la cooperación internacional era una de las grandes herramientas para crear un mundo pacífico. Tal concepto se consignó como fin de la Organización de Naciones Unidas, se crearon multitud de agencias especializadas en el campo interamericano, al tiempo que en el ámbito subregional se establecían estructuras de cooperación.

Pasados cuarenta años pareciera que la humanidad se ha cansado en la búsqueda de tal propósito. La organización internacional está en crisis. Naciones Unidas sufre la desconfianza de las grandes potencias que le sustraen temas y competencias. Las agencias especializadas se están desmoronando por falta de recursos y posiblemente por falta de voluntad política. La FAO ha perdido sus recursos; es un cascarón que subyace en Roma. Los dineros para la empresa —quizá la más importante, como es la de alimentar al género humano— se ven mermados y la organización está llegando al límite de su ineficacia.

Pero lo que nos interesa es la Organización para la Educación, la Ciencia y la Cultura UNESCO. Una organización que agoniza. ¿Por qué las potencias ya no creen que la cooperación es importante para la paz y el desarrollo? No solamente

* El texto de esta intervención es transcripción de presentación oral.

se retiran de la UNESCO sino que sus recursos financieros disminuyen y el campo de acción de esta institución —quizá la más importante desde nuestro punto de vista— se reduce cada vez más. En el ámbito interamericano la OEA subsiste sólo de nombre.

Las potencias del mundo rico no están interesadas en ayudar científicamente al mundo pobre. Es un fenómeno que afecta a toda la organización internacional. Los grandes quieren gobernar sin los pequeños, y los débiles reclamamos sin éxito mayores oportunidades de opinión, de acción y de trabajo solidario.

La cooperación funciona muy bien en el Mercado Común Europeo. El Club Tecnológico rico se defiende, pero sin el Tercer Mundo. Programas bilaterales existen, pero con condicionamientos políticos. No hay ayuda internacional para ciencia y tecnología. Los gobiernos se han vuelto celosos de sus secretos y encarecen sus fórmulas tecnológicas. Cada vez están menos dispuestos a crear mecanismos internacionales para transmitirlos, o por lo menos para ponerlos al alcance de los países en desarrollo.

Hace cuarenta años se creía, por lo menos entre los grandes del mundo, que la paz había que construirla mediante el desarrollo y el mejoramiento del nivel de vida y de las condiciones necesarias para que ella se ejerciera con dignidad, con libertad y con un mínimo de bienestar. Hoy en los discursos de los grandes ni siquiera se habla de ello. A veces recuerdan al cuarto mundo por remordimiento. Hablan entonces de ayudarlo porque es menos competitivo. Pero los países medianos, los que no han alcanzado el desarrollo pleno de sus tecnologías, son abandonados a su suerte, confiados tal vez a una cooperación horizontal de importancia indudable, pero que acentúa la ruda línea divisoria entre los muy ricos, los muy desarrollados y los muy pobres y medianamente pobres.

Es un poco lo que ocurría en Praga, en los viejos tiempos de Bohemia, cuando no se hablaba de científicos sino de alquimistas. Eran encerrados dentro del propio palacio para que no revelaran sus secretos. Estamos viviendo un fenómeno semejante. Los científicos se hallan encerrados, hacinados en una campaña para que no cuenten a los menos ricos ni a los pobres cómo hacer bien las cosas, cómo la ciencia no es sólo un compromiso de los grandes sino también una empresa solidaria del género humano.

Ante ese panorama, en América Latina tenemos dos responsabilidades. La primera, el problema amazónico y la segunda, el de la Antártica. La Amazonia es indudablemente la mayor reserva de oxígeno y de recursos naturales del mundo.

El deterioro del medio amazónico posiblemente comprometería la generación de oxígeno indispensable para la vida humana. El Embajador del Brasil nos hablará del inmenso esfuerzo realizado para suscribir un Pacto Amazónico. Hace poco se reunió una Comisión Tecnológica dentro del marco de ese convenio. Sin embargo, como lo ha dicho el profesor Méndez de Brasil, no sólo hay que estudiar la Amazonia; hay que crearla, inventarla. Decidir cómo actuar frente a esa gran responsabilidad que tiene nuestra América.

De otro lado, no entiendo cómo Colombia no se ha preocupado por la Antártica. La UNESCO la ha declarado patrimonio común de la humanidad para la investigación científica. Posee el mayor volumen de agua dulce del mundo. Tiene recursos vivos, ahora biológicos, que la hacen el centro de interés del mundo en la actualidad. Hay allí veinte o treinta banderas de investigadores que buscan respuesta a nuestros problemas de alimentación. No he visto, posiblemente esté equivocado, ninguna acción colombiana hacia la Antártica. No hemos enviado ni una expedición ni estamos interesados en conocer ese centro, ese polo fundamental de la investigación científica.

Tenemos en nuestro hemisferio dos puntos importantes de investigación. Golpear en la UNESCO implica un cúmulo de memoriales que no obtienen respuesta rápida. Golpear en otras agencias de Naciones Unidas probablemente nos conduciría a soluciones mediatizadas. Las fundaciones científicas internacionales se retraen, ya que en unas cosas está comprometido el interés nacional y en otras, los costos mismos son limitantes. No nos queda sino la cooperación horizontal, indispensable para nuestros países.

Considero necesaria la creación de una agencia tecnológica para la transferencia de conocimientos y de informaciones científicas y tecnológicas, ya sea a nivel de Naciones Unidas, lo cual sería óptimo, ya sea a nivel de un grupo de países. Quizás la respuesta a la crisis sería unirnos con naciones todavía generosas, para buscar, a través de una agencia internacional para la ciencia y la tecnología —no la UNESCO agonizante que todos conocemos sino algo más vivo y más dinámico—, fórmulas para el desarrollo del sector.

Finalmente, reitero que la Amazonia es demasiado importante y que la Antártica es trascendental. Allí debemos buscar las respuestas los próximos siglos. Por eso cuando no veo la bandera de Colombia en la Antártica siento un poco de angustia.